

La máquina de hacer paraguayitos

Cucurto

La máquina de hacer paraguayitos

Segunda Edición

Mansalva. *Colección Poesía y Ficción Latinoamericana*

Buenos Aires, 2005

ISBN 987-22648-2-1

I. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A861

© Cucurto, 2005

© Mansalva, 2005

Honduras 5270 - (C1414BMV)

Buenos Aires, Argentina

Dirección: Francisco Garamona

Arte: Javier Barilaro

editorialmansalva@yahoo.com.ar

Washington Elphidio Cucurto

La máquina de hacer paraguayitos

MANSALVA

*Lo que escribo es tuyo.
Pero ahora es mío.
Porque yo te lo robé.*

Van dirigidas estas líneas a quien poseyó:

La Belleza, sin la arrogancia.

La Virtud, sin la gazmoñería.

La Coquetería, sin la liviandad.

El Desinterés, sin la desesperación.

El Ingenio, sin la mofa.

La Ingenuidad, sin la ignorancia.

Todas las trampas de la femeneidad, sin usarlas.

I

La máquina de hacer paraguayitos

Día tras día un trío de mujeres

Me siguen hasta la puerta de mi empleo, lo que escribo de noche de día me lo rompen. Las tres negras me espían detrás de un panal de altísimos cocoyos.

Y tú, dominicana del demonio, que lo único que haces es dejarme chupado como un higo. Pasas las mañanas escuchando salsa, merengue, chachachá. ¡Que tu Willie Chirino! ¡Que tu Jerry Rivera! Si yo fuera Willie Chirino te daría salsa de patadas, un merengue de escupidas. Tú y tus tres primas

libidinosas, que impúdicamente imponen al centro de la mesa a sus novios senegalíes y marroquíes: marroquíes que se las marrocan, en sus camiones de la frontera; senegalíes que se las ensartan en las piezas del yoti. Si no fuera porque en el amor eras más dulce que un racimo de blanquísimas papayas. Si no fuera porque me bates el pichiciego hasta que le bota la leche y tímida eyaculas, entre titas, rodhesias y jorgitos. Si no fuera porque cuando paseas por Corrientes enloqueces libreros a granel, ¡uf!, judíos harapientos, dueños de los libros hermanos de la dicha.

Tú,
que el único diez que te sacaste en la vida
fue debajo de la mesa.

Tú,
que el único diez, el único nueve,
te lo sacaste dibujando garabatos de saliva
en el tronco de tus educadores.

¡Oh, tú mi flor de tilo!

¡Oh, tú dominicana del demonio!

Y ahora te toca: te toca un uno, un cero, te toca que te halaguen, te toca trabajar en un supermercado, de cadeta de cajera de cajera cadeta de cadeta cajera, te toca que te roben la cartera un tintel un rímel una novela de Arenas. Tristes fueron las noches en que estuvimos separados y las tres cuadras más lindas de mi barrio las caminé con vos y ahora tengo que olvidarlas o pegar la vuelta a la manzana; que hay una góndola para vos en el supermercado y está esperándote, ¡muerta de risa! Que nadie da un peso por lo que hacés y menos por lo que sos, que los libros son porque el papel lo aguanta todo, que a veces te vienen unas ganas locas de garchar en bicicleta. ¡Loquita!, que leíste más de cien poemas de Fernández Moreno y ningún

soneto, ninguna flor y ahora me pides flores
me pides rimas... Comienzo a calentar estos
motores, regurgitea la letra geneva con que
escribo y acá te va lo dicho es hecho: ¡Que la
rima rima con rosa y la prosa es prosa debajo
de las bolas!

A vos, ¿te gusta Perec, te gusta Perec, te gusta Perec?
Perdón por la maleza.

Tus tres primas libidinosas

Ah, qué terrible costumbre cumbiantera tienen, de andar lamiendo las patas de la mesa, los huevos del portero; cuando sumisa inclinas porteril la regadera, sobre la maceta de alelís, barren todo cuanto a su paso se topan, óyelas cómo van: luciendo su lengua colorada de dominicana ardiente, con verdadero fervor boquense: por las piezas del yoti yirean las mulatas, tus tres primas libidinosas, Idalina, Justina, Miguelina, se ensucian y se ensañan con la leche de los machos, usan tus enaguas,

guasquean tus bombachas; a la chueca se
engullen la chicha de la mesa, a la polaca se
transan y trasca que les cabe el 69

del contramaestre,
hubiese ocurrido que las mandara de vuelta
a Santiago de los Caballeros,
hubiese ocurrido también,
que improvisara porteño inoportuno
y las hiciera trabajar en el sauna
de Córdoba y Laprida, de San Juan y Bolívar

llagas vio tu último amante en el lugar más
indecoroso de tu cuerpo, en el montoncito de
tierra que escondes vaya a saber dónde,
gallardas, del tamaño de una magnolia, la
coquetería de una gardenia, azaleas brincan en
la punta de mi panza, en el ombligo de la
buzarda enloquecedora de paraguayas, azaleas
azaleas azaleas, me dan comezón, me dan
vergüenza, azaleas azaleas azaleas, bajo la sorna
estival de la mañana, en tu remerita via vai,
via vai pronuncian tus tetitas debajo de tu
remera...

Este mes no hemos participado en ningún escándalo del yotibenco: todas las penurias y las desviaciones de las piezas contiguas han ocurrido lejos de tus ojos, cerca de mis oídos. Siento que no voy a volver a engañarte con la uruguayana, pues se le rompió su grabador y se ha apagado para siempre su candombe...

Te he pescado nadando en tus mentiras; que el guiso se te quemó en la cocina y las tinieblas atrajeron tinieblas. ¡Mentira! que reciencito nomás viste a mi tata en La Giralda y pidió churro y chocolate. ¿Mi tata churro y chocolate? ¡Mentirosa! Mi tata acuña y luego dilapida, aprieta como a un pincel este manojo de billetes, con maestría lo conduce por la buena ruta, con usura todo lujo es niñería, pues con usura jamás pintaremos un campo de girasoles, nada de girasoles, de rimitas estridentes capaces de emocionar a una doncella.

¡Al diablo con la cháchara de tu bachata!
Negra zonza.

Por las piezas del yoti yirean las mulatas

Idalina, Justina y Miguelina, tus tres primas, suben las escaleras del yotibenco como una bandada de mariposas embrujadas o un oleaje de aguas carbonizadas, dando zancadillas y elevando oropéndolas en llamas, aprendizas de un parto de serpientes, un tacto y contacto de abejorros, un diablerío en el revoltijo de los mestizajes, escupen y mojan las prendas íntimas expuestas ¡puercas!, ¡guaracheras!, golpean las puertas de las piezas, retuercen el blanco de las sábanas, lascivas vuelan las

sábanas sexuales, irrumpen en el claro sueño de un peruano y este caballero piensa en una premonición del infinito... Se escuchan voces de muertos borrachos en plena algarabía... Estéense tranquilos señores desocupados, duerman en paz que estas negras van con los minutos contados... La muerte viene cargada en grandes zancos para hacer con ellas harina blanca, el pastor manda al cura a cuidar sus ovejas, el empleado mando al empresario a facturar sus ganancias y entre pila y pila de facturas nace la facturación. ¿Quién se atreve a descifrar el cuarteto pobre y el terceto amargo?

las tres negras vienen con tres huesos en el coco,
como una premonición de magia negra,
un ruido de motores carburantes,
como un aletazo de ballena,
un tictaqueo de rayos en el cielo,
una desfloración de anémonas en el parque,
un susurro de rosas coruscantes,
trece huesos atados a una malla,
trece huesos oscuros escondidos a una vara,
trece peines atados al coco de tres negras,
tres cocos atados al antojo de trece peines.

Macumba

Mientras duermes
tu belleza sale a dar una vuelta

y ya no vuelve.

Visita de cortesía

Todas las noches
La Más Hermosa De Las Princesas
entra y sale por mi ventana.

Nunca nadie logra verla.

Ni siquiera mi mujer que duerme
a mi lado.

La Más Hermosa De Las Princesas
se sienta en la cama
y apoya su mejilla en la mía.

Nunca nadie logra verla.

Ni siquiera yo que duermo
a su lado.

Con tu prosapia de negra jamaicana...

Con tu prosapia de negra jamaicana,
boliviana o colombiana,
-no se sabe con exactitud, pero se intuye,
a esta altura,
que debió haber sido de pura cortesía,
que aceptaste el ondulante galanteo...

Deberías estudiar letras,
licenciarte a fuerza de sumas y promedios
y así lograr por vez primera, tener entera
¡de pura primavera!

una novia portorriqueña.
Te la pasas de joda
con estudiantes de márketing
de universidad palermitana,
y enloqueces a los estudiantes de la escuela de
periodismo,
maí que pese a tu sociabilidad:
son de bajo arancel
y carácter exonerado en excelentísimas tertulias,
y su logo es de lindos caracteres
tiene en su título, ¡así de lindo!,
¡como un epifánico epigrama!
es el epígrafe de la Facultad de Bs. As.
y hasta tiene letras góticas...
en la caligrafía goza de una tipografía muy atípica,
que ni saben tal o cual
tu parafarsaria, si jamaíquina,
boliviana o colombiana...

te llevan en auto hasta tu depto
de Luis María Campos
y Bernardo O'Higgins,
pero tu eres generosa
y a ninguno le escatimas

tu cariño caribeño y tu cama calurosa,
y ahora licenciada, licenciosa,
a fuerza de números te recibiste en letras
y ya no le das bola a esos jactanciosos
jugadores organizadores de jodas...

Idalina descalza en la mañana...

Idalina descalza en la mañana
exhibiendo el erotismo de su ombligo morado,
y la perfecta simetría de sus rótulas,
—como una ya olvidada reina de los
Comechingones.

(Sin importarle del qué dirán ni del cómo se atreve,
enseña a las generaciones futuras
la desperfección de sus dedos mochos,

producto de horas de pateos,
por las calles de La Recoleta,

buscando al salvador que se ponga y salve
la tarde, la noche y la semana...)

¡Ignora Idalina los polvos matinales!

Si supiera la negra, que todas las mañanas,
el tucumanito de la pieza vecina, de tan sólo
doce zonzos años, la espía sin tapujos ni
miramientos

la ve dormida, sin sábanas tendido
a la bartola, su ocioso culo caribeño,
de compacta naturaleza cedril.

¡Mañana tras mañana
agita el guacho este golazo!

A gatas agota cada gota, y alguna goteando llega
al talón colorado de Idalina,
que nunca se entera, ni se asevera, ni nada.

Eras la consentida de los clientes...

Eras la consentida de los clientes.
Esos a los cuales les encanta
empacharse con tu cariño caribeño
y tu lengua de dominicana ardiente.
Es que no había jinetera alguna
que supiera sorber con elegancia,
no había mulata en toda la Isla Dominicana
que lo hiciera como lo haces tú.

Mulata que en la intimidad hablas dulce
y llena tienes tu conversación de predicciones.

Eras la consentida de los clientes.
Y no hay nada como metértelo,
—atravesarte como a la pulpa
de una guanábana con una pajita—
¡Oh, tú, mulata azul africana!

Idalina & Tataíto

E Idalina llegaba tarde a la hora del desayuno y no era razón fehaciente que poco descansara: morlacos y sueños dilapidaba en La Giralda. Era cuestión que llegaba tarde del jolgorio que ella misma animaba con su cintura de rústica caoba antillana y su lengua colorada de dominicana ardiente. Había que ver a esta negra continental y decisiva, había que verla chapucear su gran traste de carne de mamón, en las aguas de un mambo. Había que verla el día que mi tataíto la junó a las 9

de la mañana; mal momento para el amor
y peor horario para un sauna.

“Si no quieres que te embuche mucho
entonces no la singes tanto”.

Dominicana de breva colorada como el corazón
de una sandia.

Dominicana para la cual no hay un sí no, y la cama
es un ring.

Suerte que mi tataíto es el Carlitos Monzón del
yotibenco.

Esta dominicana de pechos traslúcidos
como la pepita de la guanábana, de la pitaháya,
hace muy mal lamerlos en horas de la siesta. Si tú
los lames, allá tú.

Esta dominicana que cuando habla parece que te
garcha.

Dominicana que acuña y luego dilapida,
la fortuna que forjó mi tataíto
cargando sus grandes bultos de radichas y remolachas
peleando precio y puesto con puesteros.

La muy parejera acuña y luego dilapida,
como si hubiese sido ella la que compuso yesterday,
completamente nirvanizada, nirvanizando el
Avellaneda Mercado, gastando morlacos y
sueños del mormón, Señor del ring,

que se dejó acorralar en las cuerdas del cuadrilátero
de catch que es el amor.

Oye, tú mulata. Oh tú, dominicana del demonio.

II

Para que hablen de mí
con verdadero desprecio

Me han comenzado a tildar
de conventillera...

Y ahora van a hablar de mí lo peor,
porque lloro por las noches
y soy escandalosa como una tormenta.
Uso mis vestidos ceñidos al cuerpo,
a pesar de mi vejez, de mis cincuenta años.
A medianoche lavo mis cabellos
con champú barato y uso
jabón de glicerina.
Yo que repartí nietos
desde la punta del Canal de Panamá

hasta el estrecho de Magallanes,
sanos y hermosos como un sol.
Y ahora van a decir de mí lo peor.
Porque no les doy cabida
a estos peruanos borrachos y mamertos.
Todavía paso las noches
con la luz del velador encendida,
¡Y no puedo apagarla! ¡No puedo apagarla!
Yo que he contribuido al bienestar nacional.
Yo que lo hacía por atrás
en el cabarute de la Talcahuanao,
y una noche defenestré de cuajo
las flores del obelisco,
-las argentusas no entienden lo que es el amor-
y en pleno centro porteño
planté mi bandera.
Yo que lo entregaba con todo el amor,
si se me permite, verdadero amor
de zaparrastrosa sentimental,
tal cual soy.

Y he contribuido al bienestar nacional...

Cierto es que añoro los tiempos
en que el monzón pasaba sacudiendo
mis cabellos y de mí salía un dulce
olor a duraznos y lo mejor ocurría
cuando las papayas florecían
en el fondo de mi patio.
Y no hay escala mejor para el amor,
que cuando las papayas florecen
sobre la hierba seca y dura
en el fondo de tu patio...
Ah, lejanos tiempos en Lima La Horrible

o atendiendo una ferretería
en la bellísima Panamá.
Me han amado y me han dejado:
como corresponde a todo lo bien amado.
Tuve tres hijos en Panamá
y seis en Venezuela. ¿Qué más puedo pedir?
No me quejo del amor
ni de sus cuidados.
Me ha dado más que a muchas.
He gastado treinta largos años,
para adquirir experiencia
y a mi poca sabiduría la tengo bien atendida
y cotejada. Ya basta, ya no soy una florcita,
estoy próxima al polvo de los cincuenta
y lejos de la silueta.
Soy la respetabilísima, la Dominicana.
He pagado los impuestos con mis ahorros.
He contribuido al bienestar nacional.
Y todavía conservo el orgullo
de afirmar que ninguno
ha sido infeliz en esta cama.
¿Me escuchas? ¿Estás ahí?
Te estoy hablando, pelotudo.

La muerte viene vestida de mulata

Como si se tratara de una invasión de pitufines,
todo se ha vuelto de un azul constelado,
las puertas y las paredes del yotibenco se derriten,
peruanos y dominicanos salen al pasillo.
Los amantes sorprendidos saltan de la cama,
todavía confundidos;
agitados por el forcejeo intersabánico...

La enviada de la muerte viene vestida de mulata,
entonando odas velatorias y cantos sepulcrales,

viene a decirnos que ha llegado el momento,
y todos preguntamos "Qué momento".
Nos advierte que no nos pasemos de vivos,
que su carro de azufre está lleno de pícaros.
Le decimos que cómo vamos a morirnos un 17 de
octubre.

Y nos responde enfurecida que cómo nos atrevemos
a contrariar a la muerte.

El volumen del televisor encendido está fuerte.
La bachata es hermosa en la boca del grabador.
"Así", interpretada por Sandro, nos eriza la piel...

La cabezadura insiste en que a todos nos llega la
hora.

Le decimos que su reloj anda para el carajo.
Si nos sigue jodiendo la meteremos de cabeza
en la gran pava del mate.

Tonta, no ves que todavía somos niños
y estamos leyendo *Las aventuras de Huckleberry
Finn*.

Cómo pretendés llevarte a alguien
sin haber terminado este libro.

¡Si se entera la vida te va a matar!

Los ascensores y las escaleras se vuelven
transparentes, la urraca
que lleva en su hombro nos tira de picotazos.
Los sofás vuelan por el cielo
con sus retazos de algodón cósmico...

La conventillera vuela con su carro de azufre.
Enloquecen los mozos en los bares
y los grandes afiladores de cuchillos se degüellan.
La muy turra trata de convencer a una niña.
Entonces nos colma la cabeza
y la corremos con nuestra gran pava
de agua caliente para el mate,
para dejarla en carne viva...

¡Tomátelas títere, juguete, playmóvil de la
muerte...!

III

Versiones de la muerte

Negrura ascendente

Celebrando alegres funerales o fiestas fúnebres
mortales

vienen a oscuras rascándose la fiema,
vienen flotando tercetos de negras testarudas;
¡son la partitura oscura de los ángeles!
El conventillo entero vuela por los cielos,
las cañerías se piran por las tardes.
A mí se me van con sueño los desvelos y al rato
vuelven mis sueños desvelados.
Y así se va quedando el infinito sin estrellas
y la alta mar sin vanidad se queda.

Todo ocurre de puro zopetazo
como arte fresco o muerte suave.
Y todo tiene tal locura que hasta la nieve emigra
hacia los Emiratos Árabes; y la locura sigue por ser
loca
y cruza el cielo como estalactitas o partes ínfimas
de un gran cometa.
Ahí vienen,
—palomas negras de mal agüero—,
subidas en una alfombra voladora .
lésbicas, sexuales, besándose de a pares:
Carolina, Karina, Cilicia y Ferisbunda.
Las negras hijas del demonio se divierten por los
aires,
dejando chancros en mi corazón ardiente.
Vuelan las tickis besándose a las chiris
tomadas dulcemente de la mano.
En su honor octogenarios niños bailan un
cumbiazo,
y dale que dale las sillas boxeándose de a pares.

El conventillo entero vuela por los cielos.
¿Señor, habrá un diáfano caer de multitudes negras?
¿Vendrán al cabo asopranados protestando?

Las chipas refulgen en el cielo.
Arde el sancocho enamorado de las peras.

El chipaguazú amargo se chivea.
Se chivean las peras y los chivos de la Cordillera.
Marchan los ladrones de guantes blancos
y sueltan a los ladrones de pies descalzos, ¡bravo!

Ardiendo están las negras en mi corazón helado
y tiritando están las mongas en el yoti ardiente
como hojas secas o flores de la muerte.

Lluvia de estrellas

Idalinas, Justinas, Miguelinas,
Carolinas, Karinas, Cilicias y Furisbundas;
Clarisas, Clementinas, ¡Arielinas!
Marielqui, Marielbi, Marilyn Sunildas;
Marilipi, Mandalia, Mariola, Mariolga,
Yulis, Yulisas, Sunilditas;
Chechés, Casianas, Ignacias,
Janiras, Zenaidas, Yunisleidis.
Macorinas, Miraflores, arequipeñas,
maguaneras, itacurubienses, coqueñas;
risas, llantos, ruegos, alegres alegrías;

risas, rosas, flamboyanes, flanes,
pitaháyas, sancochos y sandías;
chipaguazús, añaretás, yasiretés,
curepís, mombayés, pora limbós.

Canción de la muerte por el barrio

La muerte pasó por Santa Cruz de Barahona
Se llevó cuatro tíos y tres primos
preguntó por mí y siguió camino.

La muerte anduvo por Hato Mayor de Higüey
preguntó por mí, ¡mamagüey!, y siguió camino,
antes se llevó tres parientes cercanos y tres parientes
lejanos.

La muerte mortaraz anduvo por Berazategui

halló a mi padre y a mi hermano (Cacho)
vendiendo remeras por los barrios.

Les dijo: “Vengan conmigo muchachos,
los voy a llevar a un lugar donde
todo el mundo usa remeras...”

Después se arrepintió, los miró bien:
“El infierno está lleno de quemados”.
Por mí ni preguntó, y siguió de largo.

Enderezo de la muerte

La muerte se lleva al empresario
al ganadero al banquero y al kiosquero
entre rezos y rosarios se traga al cardenal
al cura al monaguillo y al obispo:
a todos en el Santo Obispado.
Se lleva a la rosa al rosal y al piquetero
a Pedro a Luis Alberto a Ricardo en castellano
a Patrick Philips y Francis en inglés arábigo
La muerte habla todos los idiomas
maneja todos los carros se lleva las bellezas:
Cristina Virginia Josefina ¡Eloísa!

que rompe el corazón de Javier Barilaro.
La muerte se halla cara a cara con una ticki
bastaía un soplido de una de las dos...
La tonta trastabilla traga saliva temblequea
ante una ticki no se anima a salir a flote.
La muerte se lleva al agrónomo al financista
al punquista al troquelador de cartones
a la cartonera al esbelto profesor de latín
a todos en horario se les presentará
en la vida, no se olviden...

Acerca de Wáshington Elphidio Cucurto

Nació en San Juan de La Maguana, ciudad costera al Sur de Santo Domingo, República Dominicana, en 1942. A comienzos de la década del setenta llega a Buenos Aires. Escribe *La máquina de hacer paraguayitos*, primer boceto que se continúa con los poemarios *Como un paraguayo ebrio y celoso de su hermana* y la antología *Veinte pungas contra un pasajero*. En 1989 escribe la novela *Las miles de tramoyas de las truculentas tragavergas*, que inaugura una nueva corriente en la literatura argentina: **el realismo atolondrado**. A mi juicio,

una de las mejores novelas que se escribieron en este país. Verdadero hispanista este Wáshington Cucurto. Sus poemas y novelas arman un recetario de giros del habla popular del interior argentino y de países vecinos, como Perú y Paraguay. Cucurto es uno de los pocos escritores que interpreta el plagio como una auténtica variante de la literatura. Así lo confiesa en un reportaje a la revista de variedades *La novia de Tyson*: "Para qué nos vamos a matar pensando si después viene un gil y te chorea, siempre es mejor ser ese gil a ser el currado. Yo no afano, simplemente escribo "a la manera de"; aparte ni el más genial creador podría plagiar magistralmente como yo. Si plagiamos al plagiario, saldrá algo maravilloso, lo mismo que si plagiamos a un muerto, a un queso, pues no se lo puede hacer peor, sólo nos queda ir mejorando; en estos casos el plagio es siempre progresista y por consecuente productivo, al igual que el peronismo. El plagio es ante todo un acto de amor peronista... Perón le afanaba a Mussolini, Menem a Reagan, Cortázar a Michaux, en fin... me parece muy bien que se afanen, ¿qué significa eso de ser auténtico? ¿Ustedes conocen a algún escritor original? Sí, ¡Dios! (sic) ¿Qué se creen? ¿Que cualquier turulo afana? Hay

que saber currar, hay que tener clase, yo a fano con estilo (sic)..."

Hacia el año 79 parte hacia Centroamérica y ya no hay noticias de él. Me deja al cuidado de sus manuscritos que voy ordenando con los años. Pueden leerse el libro de relatos *Mi debilidad son las mozas* (1979), y los textos extrafutbolísticos *¡Largala comilón!* y *Patadura* (1977). También se esconde bajo el seudónimo Humberto Anachuri o viceversa, según el caso.

Con la publicación de este primer libro, doy a conocer una mínima parte de la obra de este escritor tan importante como insignificante; espero que sea de su agrado, exigente lector. Y espero también, es mi deseo de albaceas, que Cucurto nos siga emocionando con su escritura vitalista, ciento por ciento equivocada.

Santiago Vega*

**Agitador cultural, se dedica desde hace años a compilar la obra de Washington Cucurto.*

Índice

I

La máquina de hacer paraguayitos

... 13

II

Para que hablen de mí con verdadero desprecio

... 37

III

Versiones de la muerte

... 47

La máquina de hacer paraguayitos, de Washington Elphidio Cucurto, se terminó de imprimir en la Ciudad de Buenos Aires el veintitrés de Enero de 2006, con una tirada de 2000 ejemplares.
